

POR CUBA

Por ENRIQUE JOSÉ VARONA

En momentos bien oscuros y dolorosos me veo obligado a dirigirme a vosotros. Pero me habéis honrado, llamándome a vuestro seno; y no me es posible dejar de corresponder a lo que me impone la gratitud y a lo que demanda nuestros estatutos.

Y tanto más nos toca a nosotros, cuanto que no nos faltan en nuestro propio campo, en nuestra patria, razones bien visibles de sobresalto y temor más que justificado. Un sentimiento, ahora de congoja, es el que me domina al fijar los ojos en los amenazadores síntomas de la descomposición política de Cuba.

No creo que nadie pueda pensar que voy a prevalerme de este acto, tan serio para mí, tan importante por las personas a quienes en primer término me dirijo, para enzarzarme en las espinas de los reproches cotidianos de los partidos. Miro a más, y anhelo llegar más hondo. Miro a la patria, y me pregunto con zozobra si la estamos fortaleciendo, o si estamos empeñados, aun sin saberlo, en derruirla; si nos damos cuenta de que aún no ha terminado la dura labor previa de constituir la, según demandan las exigencias de la época que alcanzamos, y las peculiares dificultades que nuestra composición social nos presenta, o si nos creemos ya sobre terreno limpio y firme, donde nos podemos entregar sin riesgo inmediato a juegos de azar y habilidad con el porvenir.



Enrique José Varona

Y precisamente a los que están encargados de representar por medio de signos verbales o de signos visibles la vida que los rodea y les impresiona, a los literatos y artistas, toca muy de cerca e interesa muy mucho estar bien penetrados del estado y alcance de esos premiosos problemas.

En estos mismos días, no ha cesado aún por completo el período más importante, por su significación y consecuencias, de los que imponen sucesivamente a la actividad del ciudadano los deberes de su función pública. Acabamos, es decir, se acaban de celebrar elecciones. Aun se realizan sus últimas operaciones. El pueblo de Cuba, el de los tremendos sacrificios de medio siglo por la independencia de la patria, ha sido llamado a designar los hombres en quienes deposita su confianza para darle leyes, esto es, para señalarle los rumbos que debe seguir. Apenas han transcurrido quince años desde que puede realizarlo. ¿Qué espectáculo hemos presenciado? Sonroja el recordarlo. El pueblo holgaba lejos de los colegios electorales o los designaba con sonrisa burlona e indiferente. Buscaba con mirada entristecida la valla de gallos clausurada o la taberna difícilmente entreabierto. En los círculos privilegiados se jugaba no muy a escondidas. En los lugares de votación se jugaba sin rebozo con la honra, con la seguridad, con el porvenir de la patria. Corrían el oro, los billetes, los cheques, hasta nombramientos en blanco para ir a formar parte de los conmitones de nuestra renta por excelencia, de la renta, de nuestros establos de Augías. El sufragio universal cubano nada tenía ya que echar en cara al sufragio más restringido de aquella Gran Bretaña de las circunscripciones podridas. Los tigres de Tammany Hall huían avergonzados en plena derrota.

Si los enemigos actuales del parlamentarismo quieren argumentos, aquí pueden venir a buscarlos copiosos y decisivos. Esto es lo que hemos hecho en poco más de una década de la institución por que han luchado y sangrado un siglo las naciones de Europa y América.

Necesario de toda necesidad es que nos demos cuenta de que un mal, que sale así a la superficie, con tan señalados y amenazadores caracteres, está denunciando dolencia muy honda y arraigada. La turbia corriente viene de lo profundo ya revuelta con toda suerte de impuras escorias. Nuestro triste pasado se ha erguido de súbito, para lanzarnos al rostro que en vano hemos pugnado, nos hemos esforzado y hemos sangrado tanto. La generación de cubanos que nos precedieron y que tan grandes fueron en la hora del sacrificio, podrá mirarnos con asombro y lástima, y preguntarse estupefacta si éste es el resultado de su obra, de la obra en que puso su corazón y su vida. El monstruo que

pensaba haber domeñado resucita. La sierpe de la fábula vuelve a reunir los fragmentos monstruosos que los tajos del héroe habían separado. Cuba republicana parece hermana gemela de Cuba colonial.

¿Cuál de los males públicos que denunciábamos con indignación no se ha reproducido? Han vuelto al asalto de la administración pública la incompetencia, el favor, el nepotismo y la corrupción. Hay quienes resisten, pero hay quienes flaquean y hay quienes se rinden. Hemos envenenado la fuente misma en que debíamos beber la salud. Se pone la pequeña administración de la justicia, que está más en contacto cotidiano con el pueblo, en manos que entorpece la ignorancia, cuando no las tuerce el interés. Se proclama la intangibilidad de lo mal adquirido. Y así se emponzoña la conciencia pública, porque se nos hace desconfiar del esfuerzo, del trabajo; y se pone sobre el pavés al afortunado, cualquiera que haya sido el origen de su fortuna, la vara de Midas que ha hecho brotar su corriente de oro. Ya no hay necesidad de aguardar la nave que nos llevará a tierra distante con nuestras arcas repletas. En los lugares más pintorescos de los alrededores o en el corazón mismo de la ciudad bulliciosa se levantan los palacios de aquellos a quienes la suerte pródiga ha mirado con ojos risueños y ha descubierto el secreto de la fortuna improvisada. El mísero sin pan los saluda con secreta envidia, y va a comprar la fracción de billetes que te promete falazmente, por otro camino, la misma suerte deslumbrante. ¿Cómo podrá quejarse, si le hemos devuelto la lotería?

Seguimos administrando la hacienda pública con los mismos procedimientos que aprendimos en el período que tanto abominábamos; son las mismas fuentes a que pedimos los ingresos, y el despilfarro ha adquirido la nobleza de una teoría del bien público, aplicada a sabiendas y pregonada como excelsa panacea. Sólo en esto hemos progresado. No son parásitos forasteros, son parásitos indígenas los que amantamos al seno ubérrimo del tesoro nacional, y estos parásitos se llaman legión.

Como si nos empujara demencia suicida, hemos ido socavando uno y otro día, con la tenacidad del que realiza una obra vital, los cimientos en que se afianza la dispensación de la justicia. Hemos, a despecho de jueces rectos y bien intencionados, destruido la eficacia de sus sentencias y convertido el Código Penal en simple espantajo de los pobres de espíritu. Unas veces por servir a corredores interesados, otras por corresponder a mal llamados servicios políticos, otras por mal dirigida conmisericordia, se abren las puertas de las prisiones, se abrevia la duración de las penas, y no hay consejo de Secretarios del Despacho, sin que al día subsiguiente se publique la interminable lista de los indultos. Noble virtud es la piedad, digno de un gobierno justo reconocer la falibilidad de los juicios humanos, necesario evitar y reparar los males que sin derecho hayan podido causarse, al velar por la seguridad pública; pero no seguimos a este respecto el mejor camino, ni siquiera el bueno. Nos despeñamos a destajo por el más peligroso de los derriscaderos.

.....

Se ha dicho y repetido que estamos en un período de transición, aunque lo cierto es que la humanidad realmente se halla en transición perpetua. Lo que esto en verdad significa es que nuestra época, como cada una de las pasadas, pero más premiosamente, porque hemos duplicado la velocidad adquirida, tiene sus exigencias en la forma de modificaciones sociales que hay que introducir y de conflictos que les están aparejados y que hay que resolver.

Permitidme, para despedirnos, señalar algunos.

Transformadas, al conjuro de la ciencia, las condiciones de la vida material, cada día son mayores, y tienen que serlo, las aspiraciones morales de más grande número de hombres. Son muchos, son innumerables, los que aspiran a más porque ya saben que respiran y cómo respiran, diré, alterando un tanto el aforismo célebre de un sabio cubano. Cualesquiera que sean nuestras opiniones personales acerca de la solución mejor para las reivindicaciones socialistas, hay que buscarla, desechando mucho rezago inservible de las organizaciones pasadas, mejorando los ensayos plausibles que se han aplicado, legislando, sobre todo, como quien trabaja para preparar la necesaria labor de mañana, y no para sostener la ya hoy inútil labor de lo que dejamos a la espalda. Lo que fue debe servir de lección y ejemplo, para sustituirlo convenientemente; de boya que avisa el escollo donde pudimos haber zozobrado. Hay por lo menos que levantar el faro, sólido y alteroso, que nos alumbre el camino incierto y que sea el ojo que se enciende para sondear las tinieblas del porvenir.

.....

Aquí, sobre mi mesa de trabajo, tengo una famosa escultura: la Victoria de Samotracia. Ha perdido un fragmento. No importa. Todo su cuerpo nervioso y musculoso avanza, se precipita con ímpetu irresistible; la túnica se le adhiere a los miembros resistentes y un viento de tempestad la agita y parece trazarle una estela; sus alas aquilinas están totalmente desplegadas. Vuela ¿a dónde? ¿Quién lo sabe? De todos modos, a conquistar el futuro que le tiende los brazos.

ENRIQUE JOSÉ VARONA (Puerto Príncipe, 1849 – La Habana, 1933). Patriota, educador, pensador, ensayista y periodista. Tras militar en el autonomismo se incorporó al movimiento independentista y tras la muerte de Martí dirigió el periódico fundado por este, *Patria*. Después de la dominación colonial llevó a cabo un plan para modernizar la enseñanza en Cuba, fue profesor de la Universidad de La Habana y ocupó la Vicepresidencia de la República. Ejemplo de intelectual y de hombre cívico, inspiró a varias generaciones de cubanos. Autor, entre otras muchas obras, de *Desde mi belvedere* (1907), *Violetas y ortigas* (Madrid, 1917) y *Con el eslabón* (Costa Rica, 1918). Estos fragmentos pertenecen a su discurso de ingreso en la Academia Nacional de Artes y Letras, que pronunció en enero de 1915. Los hemos tomado íntegramente de la compilación de Hortensia Pichardo *Documentos para la historia de Cuba* (1969), tomo II, pp. 381-385.